CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

37



Hungría, 1956

■ Estíbaliz Ruiz de Azúa

Historia 16

295 ptas



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-371-1994

CUADERNOS DEL

MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

6
El nacimiento del Estado húngaro

8
Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial

9
La reforma agraria y las elecciones de 1945

10
La ocupación del poder por el Partido Comunista húngaro

12
El primer Plan Quinquenal

14
Los años 1953-55: una tentativa precoz de desestalinización

16
De la manifestación a la insurrección

18
Otra vez la solución Nagy

20
La Revolución se propaga: comités y consejos obreros

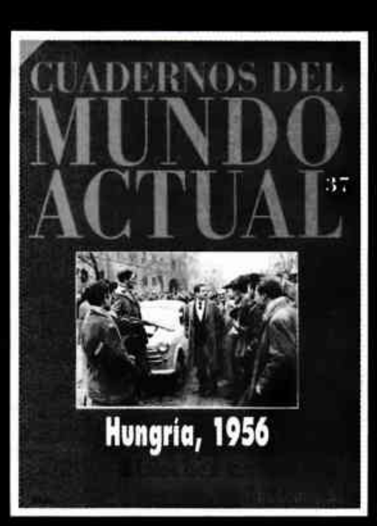
24
La conversión de Imre Nagy

27
El octubre húngaro ante Oriente y Occidente

30
El final de Imre Nagy y el régimen de Kadar

Hungría, 1956

Estíbaliz Ruiz de Azúa



Levantamiento popular en las calles de Budapest



Manifestación nacionalista húngara pocos días antes de la invasión del país por las tropas soviéticas

Hungría, 1956

Por Estíbaliz Ruiz de Azúa
Profesora titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

En la madrugada del día 4 de noviembre de 1956 los carros blindados soviéticos que cercaban Budapest penetraron en la capital por sus principales avenidas, y abrieron fuego contra las barricadas húngaras levantadas en la calle Ullöi, las plazas Marx y Calvin, el cuartel de Kilián, el pasaje Corvin. Duros combates se sostuvieron también en distintos puntos de la parte de Buda. La resistencia más tenaz la ofrecieron los obreros de los barrios situados en la orilla izquierda del Danubio, donde estaba concentrada la mayor parte de las fábricas de industria pesada de Hungría. Otros focos de resistencia en el país fueron Pécs, el centro industrial de Dunapentele, Veszprem, Györ, Komaron, Tatabanya, Szekesfehervar... fue inútil; la resistencia careció desde un principio de sentido y sólo se justificó por pundonor nacional. Los soviéticos habían desplegado por el país unos 2.500 carros de combate, 1.000 vehículos diversos y 75.000 hombres, en tanto que los húngaros aún no contaban con un ejército organizado, ni disponían de un plan de actuación para el caso de una segunda invasión. Hacia el 11 de noviembre el poder militar soviético se había impuesto en casi toda Hungría.

El número de muertos en combate fue de 2.500 a 3.000 (de 1.800 a 2.000 en Budapest), y el de heridos de 13.000 aproximadamente (unos 11.500 en la capital). Alrededor de 200.000 personas, la mayoría jóvenes, huyeron a Australia, aprovechando que las fronteras permanecieron abiertas, y de allí pasaron a otros países de Europa occidental, Canadá, EE.UU. o Australia. La depuración política de los años inmediatos aplicó, a su vez, setenta sentencias de la pena capital (cifra oficial), varios miles de condenas a prisión y otros tantos de trabajos correccionales o multas. Haber sido un *manifestante del 56* se convirtió en algo ignominioso en la Hungría oficial durante mucho tiempo.

Los sucesos que dieron pie a esta represión han sido calificados de muy distinta manera. La interpretación oficial fue recogida en cinco volúmenes de un *Libro Blanco* publicado en 1957-58, que divulgó el politólogo Janos Berecz en 1969. Se explicaban los hechos como resultado de la reacción *organizada* por las fuerzas fascistas y la *chusma,* apoyadas por el imperialismo capitalista, contra el socialismo legítimamente establecido en Hungría. Según esta versión, Imre Nagy había traicionado la confianza comunista, siendo el principal responsable del triunfo de la *contrarrevolución* en octubre. La ejecución de Nagy y la liquidación

del levantamiento habían sido necesarias para reafirmar el sistema socialista. Esta interpretación, que dotó al régimen de Kadar de una supuesta legitimidad histórica, ha estado vigente hasta 1988, en que se procedió a una revisión de los hechos.

En febrero de 1989, una declaración del Comité Central del partido comunista húngaro calificaba los sucesos del 56 como un *levantamiento popular,* si bien añadía que en su *segunda etapa* podían haber desembocado en una contrarrevolución. El 16 de junio del mismo año se celebró en Budapest, en olor de multitudes, el reentierro solemne de los restos de Imre Nagy y de cuatro de sus compañeros: Pal Maléter, Geza Losonczy, Jozsef Szilágyi y Miklos Gimes, promotor este último de un periódico titulado *23 de Octubre,* que salió valientemente después de la segunda intervención soviética con la propuesta política del grupo de Nagy expuesta en la embajada yugoslava. Una de las consecuencias de la rehabilitación del 56 ha sido la reescritura de su historia, que aparece ya en los manuales escolares húngaros.

Entre los autores que han publicado en Occidente, algunos han seguido la interpretación kadarista, como Henri Smotkine, pero la mayoría ha dado otra versión de los hechos. Para Ferenc Feher y Agnes Heller, por ejemplo, los sucesos del 56 aparecían como una revolución contra el reparto de influencias acordado en Yalta y Potsdam. El movimiento tuvo un doble carácter: la transformación radical del sistema político estalinista y una oferta colectiva de compromiso histórico por la casi totalidad de la nación. En esta versión, Imre Nagy había sido el *iniciador y primer mártir del eurocomunismo.*

Para David Irving, en cambio, se había tratado de una revolución *atolondrada, populachera,* cargada con una fuerte dosis de antisemitismo. François Fejtö, uno de los principales especialistas de los sucesos, escribió su interpretación nada más ocurrir los acontecimientos. La obra, puesta al día por el autor en 1990, sostiene que la revolución húngara fue la primera manifestación espectacular contra el sistema totalitario que la Unión Soviética había impuesto en la Europa del Este al terminar la Segunda Guerra Mundial. Imre Nagy fue, según este autor, un comunista que quiso anteponer la solidaridad con la nación a la lealtad al partido.

Para intentar comprender esta compleja historia, aún no suficientemente explicada, hay que remontarse necesariamente varias décadas.

El nacimiento del Estado húngaro

La formación del Estado nacional húngaro, independiente y soberano, fue consecuencia de los tratados de paz de 1919-1920. Culminaba así una vieja aspiración que para muchos húngaros enraizaba en los tiempos de la coronación de san Esteban en los umbrales del siglo XI. Pero la consumación de aquella ambición no se hizo de la manera que los magiares esperaban: la *Hungría histórica,* la *Hungría milenaria* que ocupaba 350.000 kilómetros cuadrados y estaba poblada en 1910 por 20,9 millones de personas pertenecientes a varios grupos nacionales quedó convertida en un Estado de poco más de 93.000 kilómetros y 7,5 millones de habitantes. El tratado de Trianón, firmado el 4 de junio de 1920 por el gobierno de Horthy, un *almirante sin flota,* regente de un *Reino sin Rey,* significó, en efecto, la pérdida de Transilvania, el Banato, Eslovaquia, Rutenia, Croacia y Eslavonia, que pasaron a Rumania y a los nuevos Estados de Checoslovaquia y Yugoslavia. Cerca de tres millones de húngaros se transformaron, en virtud de las amputaciones territoriales indicadas, en minorías nacionales en el mismo espacio geográfico que hasta entonces había sido administrado por sus compatriotas en el marco de los acuerdos suscritos entre los Habsburgo y Hungría, a partir de la paz de Szatmar de 1711, y especialmente del establecimiento de la *Monarquía Dual* en 1867.

La dislocación territorial de 1920 repercutió de modo sensible en la economía de Hungría. De una parte, quedaron fuera de sus fronteras muchos de los recursos mineros, con lo que la disponibilidad de materias primas se redujo notablemente; de otra, la reducción del mercado nacional, además de contradecir la magnitud de las unidades productivas pensadas para un mercado mayor, orientaba la inserción exterior de su economía para compensar las deficiencias internas. La disolución del Imperio Austro-húngaro supuso finalmente la desaparición de un sistema económico basado en un fuerte proteccionismo, que había permitido la existencia de unos patro-



El almirante Horthy, el regente de Hungría entre 1920 y 1944, personificó una dictadura conservadora

nes de producción ineficaces y escasamente competitivos.

El atraso de la economía húngara no pudo ser superado por el régimen dictatorial de Horthy durante el período de entreguerras. Su política inversora, además de insuficiente, fue en no poca medida resultado del consumo suntuario de los grandes propietarios de la tierra, uno de los grupos sociales en los que se apoyó el gobierno del almirante. Todavía en 1941 la mitad de la población activa húngara estaba empleada en la agricultura frente a una cuarta parte ocupada en el sector industrial.

Abandonada por el gobierno de Horthy la reforma agraria que en vano hábían empezado a aplicar la República —con Károlyi— y la República socialista de los consejos —con Bela Kun—, la estructura de la propiedad en el campo se encontraba fuertemente polarizada. Por arriba, menos del uno por 100 de las explotaciones abarcaban casi la mitad de la superficie agrícola total (los latifundios con una extensión media en torno a las 1.500 hectáreas, que no eran más del 0,1 por 100 del total de explotaciones, concentraban una cuarta parte de toda el área agrícola). Por abajo, el 70 por 100 de todas las propiedades tenía una superficie inferior a las tres hectáreas y representaban menos de una décima parte del área agrícola global. Tal distribución



Estudiantes universitarios recorren las calles de Budapest en demanda de una democratización del régimen

de la propiedad y el sistema de producción existente, basado en la utilización extensiva de fuerza de trabajo, constituyeron un obstáculo de primera magnitud para el desarrollo industrial.

En resumen, una agricultura casi estancada, una débil implantación industrial, una política inversora insuficiente, y, finalmente, una desfavorable integración en el mercado internacional, constituían en los años cuarenta los elementos relevantes que mostraban inequívocamente las condiciones de atraso de la economía húngara.

Las secuelas de la Segunda Guerra Mundial

Hungría participó en la Segunda Guerra Mundial junto a Alemania, y en el curso de la misma pudo recuperar algo del territorio perdido en 1920: Transilvania y una parte de Eslovaquia. La derrota final del Eje significó nuevamente la vuelta de Hungría a las fronteras de Trianón y el pago de 300 millones de dólares en concepto de reparaciones de guerra, amén de la reducción de su

ejército. La imagen que presentaba el país cuando fue liberado por las tropas soviéticas el 4 de abril de 1945 era desoladora. Las pérdidas económicas directas que la guerra había producido podrían equivaler aproximadamente al quíntuplo de la renta nacional de 1938, el último año de paz. El número de húngaros muertos en el campo de batalla fue de 120.000 a 140.000, a los que hay que añadir unos 400.000 —judíos— sacrificados en el *holocausto* nazi. Cerca de 250.000 no regresaron nunca de su cautividad —soviética, británica, francesa o americana—, bien porque encontraron la muerte, bien porque decidieron fijar en el exterior su residencia. Respecto a los prisioneros de guerra, en torno al medio millón, la mayoría pudo volver a Hungría a los dos o tres años, si bien algunas decenas de miles no fueron liberados hasta la década de los cincuenta.

El restablecimiento de las fronteras de Trianon acordado por los vencedores en el tratado de Paz de París de 1947 significará también la confirmación de la expatriación de varios millones de húngaros. El tratado no incluía cláusula alguna relativa a la salvaguarda de los derechos de las minorías étnicas. Los aliados aceptaron en este sentido el principio de *responsabilidad colectiva,* lo que era injusto desde el punto de vista legal y humano. Ello dio lugar a intercambios forzosos de población, tras los cuales Hungría pudo alcanzar una relativa homogeneidad étnica dentro de su territorio, pero las colonias magiares en el extranjero contaban aproximadamente con dos millones y medio de personas en Rumania, más de un millón repartido entre Yugoslavia y Checoslovaquia, 200.000 en la Unión Soviética y de 10.000 a 20.000 en Austria. Si a estas cifras se suman las que corresponden a las oleadas de emigración salidas posteriormente del país, la conclusión es que en la actualidad, con una Hungría poblada por 10,5 millones de habitantes, un húngaro de cada tres vive fuera de su territorio nacional.

Pero las consecuencias más importantes para el futuro político de Hungría fueron sin duda las que se derivaron de los acuerdos firmados por los *grandes* en Yalta y en Potsdam relativos al reparto de influencias en Europa. Las repetidas demandas de Stalin a los angloamericanos para establecimiento de *gobiernos amigos* en sus fronteras se hicieron realidad con la constitución de un *glacis* oriental que integró a Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania y Hungría. Por lo que hace a este último país, su pasado histórico le empujaba más hacia Occidente, con el que había mantenido relaciones culturales y económicas mucho más sólidas que con Rusia. La presencia de las tropas soviéticas en el territorio húngaro después de la liberación será, en este sentido, decisiva para domeñar las voluntades nacionales y hacer que el Partido Comunista, que apenas contaba en 1945 con una pequeña organización y escasa influencia en la sociedad, conquiste el monopolio del poder tres años más tarde.

La reforma agraria y las elecciones de 1945

El 22 de diciembre de 1944 la Asamblea Nacional reunida en Debrecen, cerca de la frontera con Rumania, nombró un Gobierno provisional que, presidido por Bela Dalnoki Miklos (1908-1948), futuro miembro de la ejecutiva del *Partido Independiente Húngaro* fundado en 1947, integró a representantes de las principales fuerzas políticas de la oposición al régimen de Horthy. Una de las principales medidas decretadas por aquel gobierno fue la reforma agraria, dictada en marzo de 1945. Su elaboración y ejecución fueron confiadas a Imre Nagy, un veterano comunista exiliado en Moscú y acreditado experto en la materia. El decreto decidió la confiscación y expropiación de 3.200.000 hectáreas sobre un total de 9.390.000; esto es, afectó a algo más del 34 por 100 de la tierra cultivable.

La reforma consolidó un tipo de propiedad excesivamente parcelada (unas 642.000 familias campesinas, alrededor del 30 por 100 de la población agraria, recibieron 1,9 millones de hectáreas, a una media de tres por familia), y desmanteló la gran propiedad terrateniente. De esta manera, descendió bruscamente el número de jornaleros sin tierra, a la vez que aumentó la categoría de los pequeños propietarios. Los grandes perdedores fueron la antigua aristocracia y la Iglesia católica, que conoció en 1945 lo que las Iglesias de Occidente habían experimentado desde hacía más de un siglo. A partir de entonces, la intervención del Estado en el proceso económico fue en ascenso. En enero de 1946 se decretaba la nacionalización de las minas de carbón, el 48 por

100 de las fábricas de energía y parte de la industria química. En 1947 pasaron a propiedad del Estado las tres mayores entidades bancarias del país, en 1948 las empresas con más de cien trabajadores, y en 1949 las que tenían más de diez.

Las elecciones generales de noviembre de 1945, las primeras que se celebraron en la historia de Hungría con sufragio universal y directo, supusieron la liquidación del régimen de Horthy (1868-1957), y el establecimiento de otro, de apariencia democrática e independiente, pero muy vigilado por las tropas soviéticas de ocupación: un régimen a medio camino entre la democracia parlamentaria y la dictadura del proletariado. El gran vencedor de las elecciones fue el *Partido de los Pequeños Propietarios* (57 por 100 de los votos), fundado en 1930 con el doble trilema de *Dios, Patria, Familia,* y *Vino, Trigo, Paz,* y una orientación cristiana, centrista y liberal.

Los restantes partidos de la coalición gubernamental se situaron muy por detrás del ganador: *Partido Socialdemócrata* (17 por 100), *Partido Comunista* (17 por 100) y *Partido Nacional Campesino* (7 por 100). El 1 de febrero de 1946 el Parlamento recién elegido proclamó la República y nombró presidente a Zoltan Tildy (1889-1961), un clérigo presbiteriano, miembro del Partido de los Pequeños Propietarios, que ocupará la presidencia hasta el 3 de agosto de 1948. Para evitar una coalición centro-izquierda agrario-socialista —posibilidad no remota en aquellas circunstancias— los comunistas promovieron en el mes de marzo la formación de un *Bloque de Izquierdas* con la participación de los partidos Comunista, Socialdemócrata y Nacional Campesino, que hizo posible el estatismo económico que se ha indicado más arriba.

La ocupación del poder por el Partido Comunista Húngaro

El proceso que condujo a los comunistas a la primacía en los órganos de poder está salpicado de supuestas conjuras descubiertas por los servicios de seguridad del Estado, que hicieron desaparecer del escenario político a todos los adversarios, competidores reales o virtuales del partido Comunista. El poder absoluto que alcanzaron a partir de 1947 se debió, pues, no a la voluntad nacional sino a la presencia de las tropas soviéticas en el territorio húngaro y al control de la policía de seguridad del Estado, la AVH, cuya dirección se reservó totalmente el partido desde el momento de la liberación.

En las elecciones, ya manipuladas, de agosto de 1947 el partido más votado fue obviamente el Comunista con el 21,5 por 100, mientras que los grandes vencedores de 1945, los Pequeños Propietarios, sólo obtenían el 15,2 por 100, y menos aún sacaban los Socialdemócratas —14,8 por 100— y Nacional Campesinos —8,7 por 100—. Dos fuerzas políticas nuevas sumaron el 30 por 100 de los votos. Se trataba del *Partido Popular Democrático* —16 por 100—, de orientación cristiana, fundado en el verano de 1945 por Istvan Barankovics, un periodista que quería adaptar el sistema político democrático a las tradiciones, historia y mentalidad del pueblo húngaro; y del *Partido Independiente Húngaro,* formado en julio de 1947 por el abogado y ex Pequeño Propietario Z. Pfeiffer —14 por 100.

En los años siguientes, Rákosi y su grupo —en particular E. Gerö y M. Farkas— se dedicaron a culminar un proceso de comunistización que tuvo por objeto hacer del Partido Comunista Húngaro el único dirigente de la sociedad, a la vez que se le convertía en un dócil agente de la política soviética. Las órdenes se dictaban en Moscú y no en Budapest, algo que ya entonces se sospechaba, y que documentos secretos de origen soviético sacados a la luz en 1993 confirman de modo confluyente. Tres aspectos del proceso merecen destacarse: la rustificación, la depuración política y la planificación económica.

El aparato de propaganda y del Partido y del Estado se convirtió en un instrumento de la rusificación de la enseñanza y de la cultura, bajo la dirección de Jozsef Revai, periodista de profesión, autor de un análisis de la revolución húngara de 1848, trocado en guardián de las esencias estalinianas. En el congreso de escritores celebrado en 1951, Revai anunció que la hora de la *cultura planificada* había sonado. La educación giraba en torno al *patriotismo internacionalista* que, de una parte, exaltaba el culto a Stalin, y, de otra, presentaba al Partido como el heredero de las tradiciones revolucionarias húngaras. La enseñanza del ruso y la lectura de los escritos soviéticos se hicieron obligatorias, pero el régimen rakosista tam-



Patriotas húngaros enarbolan la bandera nacional sobre uno de los tanques soviéticos detenidos en la calle

bién fomentó la afición a la literatura clásica húngara, cosas ambas que se volverán contra él en octubre de 1956.

El complemento de estas medidas fue la adopción de una política educativa y de contratación laboral discriminadas, que desalentaron a la antigua clase media, forzándola a salir del país, y pusieron en marcha un plan acelerado de formación profesional y universitaria especialmente dirigido a la clase trabajadora. En 1954-55, el 65 por 100 de los estudiantes era de origen obrero o campesino frente al 4 por 100 de 1938. Pero la instrucción pública planificada experimentó la misma crisis de crecimiento rápido que la actividad económica.

Los estudiantes serán los primeros en agitarse en octubre de 1956, en solidaridad con la juventud y trabajadores polacos que estaban protagonizando por aquellos días un movimiento de protesta contra la Unión Soviética que acabó con la designación de Gomulka, y el establecimiento de un *modus vivendi* bastante pragmático. El día 16 de octubre varios cientos de estudiantes se reunieron en Szeged, la segunda ciudad en importancia del país, y fundaron una organización independiente del partido con el nombre de *Federación Húngara de Asociaciones de Estudiantes de las Universidades y Colegios.* En todas estas reuniones se empezaba por tratar problemas estudiantiles, como por ejemplo la supresión de obligatoriedad del idioma ruso, y se terminaba planteando la presencia de una crisis política y destacando el ejemplo de Polonia, entonces en ebullición.

La política de terror se cobró en Hungría hasta los inicios de 1953 unas 2.000 vidas, de personas que fueron ejecutadas; además, cerca de 200.000 fueron internadas en la cárcel o en campos de concentración. Entre las víctimas de la depuración hay que citar al secretario general de los Pequeños Propietarios, Bela Kovacs, acusado de conspirar contra la seguridad soviética (febrero de 1947), al presidente de la República, Tildy (agosto de 1948), al cardenal primado Mindszenty, detenido por su oposición a la secularización de las escuelas regidas por la Iglesia (diciembre de 1948), y a unos cien mil militantes, muchos de ellos antiguos socialdemócratas, expulsados del Partido entre septiembre de 1948 y marzo de 1949.

Las purgas en el interior del Partido Comunista continuaron practicándose de manera febril en los años siguientes. Eran considerados especialmente sospechosos los veteranos de 1919, los voluntarios de la guerra de España (salvo unos pocos, entre ellos E. Gerö), y, de una manera general, los partidarios de una acción crítica, reflexiva y autónoma. Así, en mayo de 1949 fue detenido, y luego asesinado, Laszlo Rajk; en abril de 1950 se destituyó al presidente de la República, Arpad Szakasits, y fue aprehendido G. Marosán; de marzo a mayo de 1951 fueron condenados en el curso de procesos secretos, entre otros, Janos Kadar, Geza Losonczy, Gyula Kallai y Sandor Zöld. Durante el XIX Congreso del PCUS, celebrado en octubre de 1952, Stalin calificó a Hungría de *vanguardia del socialismo.*

El primer Plan Quinquenal

En 1950 se puso en marcha la planificación económica de tipo soviético que daba máxima prioridad a la industria pesada. El plan supuso en la agricultura un retroceso casi general, tanto en la producción como en los rendimientos, con respecto al período 1936-40. La estructura y el régimen de propiedad cambiaron radicalmente a raíz de la aplicación de un proceso de colectivización que potenció la gran explotación, el uso de medios de producción industriales, y la asignación de recursos, de la que se beneficiaron en exclusiva las granjas estatales. En este tiempo el número de cooperativas pasó de 1.360 (año 1949) a 4.400 (año 1954), y de ocupar el 2,7 por 100 de la tierra cultivable al 15,6 por 100. Las granjas estatales, que en 1949 sólo afectaban al 1,2 por 100 de la tierra arable, ascendieron en 1953 hasta ocupar el 11,4 por 100. El número de explotaciones de superficie superior a 115 hectáreas, que en 1945 era insignificante, representó en 1953 el 41 por 100 del total.

Para garantizar los suministros alimenticios a las poblaciones de las ciudades, así como la transferencia de rentas agrarias a la industria, el Estado impuso a los agricultores la obligación de entregar una parte considerable de la cosecha, una política de precios desigual (con precios agrícolas bajos y precios industriales altos), y un sistema fiscal igualmente adverso para el sector primario, en especial para los propietarios privados. El consumo campesino descendió en estos años, pero las diferencias a este respecto eran notables entre los labradores pri-



En los días de octubre de 1956 las calles y plazas de Budapest se convierten en una fiesta democrática

vados y los miembros de las cooperativas, como se aprecia en el siguiente cuadro.

Consumo mensual de los labradores privados y de los miembros de las cooperativas
(en forints)

Año	Valor del consumo mensual/familia		B100/A
	Labradores Privados (A)	Miembros Cooperat. (B)	
1951	674	527	78,2
1952	646	477	73,8
1953	658	534	81,2

Fuente: F. Donáth, *Reform...*, 264.

La expansión de la industria fue el motor del crecimiento. Unos 400.000 nuevos trabajadores (antiguos campesinos, mujeres, desempleados y numerosos miembros de la clase dirigente en el régimen horthysta) se incorporaron a las tareas industriales, y fueron absorbidos en su mayoría por la industria pesada, que quintuplicó su producción en este período. Se pretendía, según proclamaba Rakosi, convertir a Hungría en la *patria del hierro y del acero.* El Estado otorgó carácter preferente a unas ramas para las que no existían en el país materias primas suficientes, lo que llevó a una dependencia comercial respecto a la Unión Soviética y a las demás Repúblicas populares.

En suma, el primer plan quinquenal descansó sobre unos presupuestos básicos: un marco de gestión imperativo y jerárquico impuesto por los dirigentes del Partido Comunista, la orientación de los recursos prioritariamente hacia la industria pesada, la financiación del proceso a partir del ahorro interno y la dependencia productiva respecto de la Unión Soviética. Los límites de aquel proceso estuvieron representados fundamentalmente en dos aspectos: por un lado, la relativa precariedad en que quedó sumida la oferta de bienes de consumo, muy insuficiente para atender las necesidades domésticas, exigüidad que repercutió sobre la productividad del trabajo, y originó asimismo tensiones inflacionarias; por otro, la muy desigual distribución de los recursos entre los diferentes sectores de la actividad económica, que condujo a un crecimiento desequilibrado, con ventaja notable de la industria pesada a costa de las ligeras y, en especial, de la agricultura. Los métodos coactivos empleados por el régimen rakosista en el campo tuvieron efectos muy negativos, provocando en muchos campesinos la indiferencia, primero, la resistencia después. En 1953, por ejemplo, más del 10 por 100 de las tierras arables se había dejado sin cultivar; la violenta recogida de las entregas obligatorias había traído como resultado en 1952 que dos terceras partes de las familias campesinas carecieran ese año de cereal suficiente tanto para simiente como para su abastecimiento.

Los años 1953-1955: una tentativa precoz de desestalinización

Antes de que el XX Congreso del PCUS (febrero de 1956) sancionara oficialmente la desestalinización, en Hungría se intentó una revisión del régimen rakosista a los pocos meses de producirse la muerte de Stalin (marzo de 1953). Los informes relativos a la crisis desencadenada por la planificación acelerada llevaron a Moscú a determinar un cambio en la política húngara. Matyas Rakosi, hasta entonces secretario del partido y primer ministro, fue obligado a dimitir de su segundo cargo, nombrándose en su lugar a Imre Nagy. Fue ésta una decisión que en sí misma presagiaba el fracaso de la operación. Rakosi y Nagy representaban, en efecto, dos fórmulas muy distintas en el seno del partido: dogmatismo estaliniano el primero, frente al reformismo del segundo. La presencia de ambos personajes en la cúpula del poder dio origen a un enfrentamiento sistemático, donde las acciones del Gobierno fueron criticadas, censuradas, en ocasiones abortadas, por la Secretaría del partido, que contó para sus propósitos con la asistencia de E. Gerö, vicepresidente del Consejo de Ministros.

Imre Nagy presentó al Parlamento a principios de julio de 1953 un *Programa de la Nueva Política,* en el que se condenaba la estrategia política global seguida desde 1949. Fue un discurso desestalinizador, aunque no se mencionara expresamente el nombre de Stalin. En él se anunciaron cambios importantes que habían de costar a Nagy la presidencia del Consejo, además de su degradación académica, en marzo de 1955, poco tiempo después de la caída de Malenkov, uno de los pocos dirigentes que en Moscú comulgaba por entonces con las

Por vez primera en casi una década, el pueblo húngaro pudo expresar abiertamente sus actitudes políticas (arriba). La figura del represaliado Imre Nagy centró todas las manifestaciones de estos días (abajo)

ideas de aquel programa. Nagy autorizó a los campesinos a abandonar las cooperativas y granjas estatales, derogó lo que para la mentalidad ortodoxa del Partido era *la primera ley en la construcción del socialismo,* esto es, la que daba prioridad a la industria pesada, y aceleró, en cambio, la producción de bienes de consumo básico; abrió procesos de revisión para rehabilitar a las víctimas del estalinismo (entre ellos, el de Laszlo Rajk); abolió el decreto de 1951 sobre internación y deportaciones; buscó la cooperación de los intelectuales disidentes; mostró, por último, una cierta sensibilidad hacia el *comunismo nacional.* Pensó también, aunque la iniciativa no prosperó, dotar al *Frente Popular Patriótico,* una organización de masas que comprendía a comunistas y gente sin partido ideada para dar cobertura legal al proceso electoral, de una relativa autonomía y entidad propias para hacer de él un vehículo de mediación entre la sociedad civil y el partido.

La confrontación entre Rakosi e Imre Nagy terminó en marzo de 1955 con la victoria del primero, que logró aupar a E. Gerö a la presidencia del Consejo, y expulsar a su adversario del partido, calificando su política de desviación derechista. Desde entonces, Nagy y sus seguidores se convirtieron en los portavoces de un programa alternativo y en un grupo de presión para los dirigentes oficiales del Estado.

Las ideas de Imre Nagy, con poco eco todavía en los medios obreros y campesinos, calaron, sin embargo, entre la juventud universitaria y las asociaciones de escritores. Uno de los centros más receptivos fue el Círculo Petöfi, un foro de intelectuales, establecido por iniciativa de la *Unión de Juventudes Democráticas* a finales de 1955 con el nombre del notable poeta de la Revolución de 1848. El 14 de junio de 1956 más de 1.500 personas, que asistieron a una de sus reuniones, pudieron oír al filósofo y sociólogo György Lukacs condenar el dogmatismo esterilizador. La influencia de los nagystas fue en aumento gracias a su penetración en los medios de comunicación. Revistas literarias de gran prestigio, como *Irodalmi Ujsáq (Gaceta literaria,* de la *Unión de Escritores* de Budapest), o *Müvelt Nèp (Pueblo Culto),* enriquecieron y difundieron en la capital y en provincias las ideas de Imre Nagy, y fueron capaces de extender su influencia a los redactores del *Szabad Nép (Pueblo Libre),* órgano oficial del partido. El incremento de la popularidad de Nagy tuvo su expresión en la opinión cada vez más generalizada de que sólo él y su grupo podrían sacar al país de la crisis.

De la manifestación a la insurrección

Las conclusiones del desestalinizador XX Congreso del PCUS sirvieron para legitimar en cierta medida el movimiento de protesta que, en el verano de 1956, afectaba en Hungría a todos los grupos sociales, y en especial a estudiantes e intelectuales. Las voces más numerosas reclamaban medidas urgentes para corregir el modelo socialista. Decía Bela Kovacs, el secretario del Partido de los Pequeños Propietarios liberado en abril, que nadie pensaba entonces en volver a la situación anterior a 1945. La frase probablemente fuera exagerada. En la manifestación del 56 se confundieron distintas corrientes, desde comunistas, anticomunistas, demócratas, liberales, socialdemócratas, hasta nostálgicos horthystas, y confluyeron las insatisfacciones materiales derivadas de la industrialización acelerada y la crítica al sistema de poder responsable de la anterior. El denominador común de los manifestantes radicaba en la defensa de un patriotismo independiente y soberano.

En julio de 1956, Moscú, consciente del malestar existente en el partido húngaro, envió a Budapest a dos eminentes emisarios, Miloyan y Suslov, para arbitrar una solución. Esta no fue otra que la de hacer dimitir de la dirección al odiado Rakosi, nombrando en su lugar a E. Gerö (igualmente poco popular por su identificación con el sistema del anterior), e incorporar a la ejecutiva a J. Kadar y otros de los llamados *comunistas nacionales* (que habían pertenecido a la Resistencia), representantes de una línea centrista y moderada. La nueva dirección anunció un programa con determinadas concesiones, que fueron consideradas insuficientes por la oposición. Entre las resoluciones adoptadas, estaban la de rehabilitar a las víctimas del rakosismo, celebrándose honras fúnebres en su recuerdo (el 6 de octubre tuvo lugar el funeral por Rajk), que congregaron a mucha gente; readmitir a Imre Nagy en el Partido (13 de octubre); y mejorar las relaciones diplomáticas con Yugoslavia, siguiendo el ejemplo de Moscú. En

Los habitantes de Budapest rodean varios de los cañones que los soviéticos se vieron obligados a abandonar en la calle (arriba). El pueblo húngaro se consideró por unas horas dueño de su destino (abajo)

este sentido, en septiembre se firmó un protocolo de cooperación económica, y el 15 de octubre salió para Belgrado una delegación húngara encabezada por Gerö y Hegedüs —presidente del Consejo— con objeto de proseguir las negociaciones. El regreso de la delegación a Budapest coincidió con la manifestación preparada por intelectuales y estudiantes para ese día, 23 de octubre.

El desfile se congregó ante la estatua del poeta Petöfi, recitándose un poema simbólico —*Talpra Magyar*— que recordaba los inicios de la revolución antihabsbúrgica de 1848. El Gobierno, desconcertado e indeciso, terminó por consentir la manifestación que en un principio había prohibido. La multitud —formada por intelectuales, estudiantes, empleados, obreros, campesinos, e incluso soldados de uniforme—, que portaba banderas nacionales sin el emblema comunista, mostró después su solidaridad con el pueblo polaco en la plaza de Joseph Bem —un general polaco que luchó con los húngaros en 1848-49—. Se leyó allí el comunicado elaborado por la Unión de Escritores, que, en la misma línea reformista y moderada de las propuestas del Círculo Petöfi, pedía la reunión del Comité Central del partido y la incorporación de Imre Nagy al Gobierno.

Pero también se dio lectura al manifiesto reivindicativo de los estudiantes, más radical y mucho más aplaudido que el texto anterior. Era una carta de 16 puntos en la que, entre otras exigencias, se formulaba la necesidad de evacuación de las tropas soviéticas, la reconstitución del Gobierno bajo la dirección de Imre Nagy y la expulsión de los estalinianos, elecciones generales con sufragio universal y secreto y participación plural de partidos, derecho de huelga para los trabajadores, revisión de los tratados soviético-húngaros, de los procesos político y económico, y rehabilitación de las víctimas del rakosismo además, por supuesto, de proclamar la solidaridad con el pueblo polaco.

El grito de *¡Nagy al poder!* se convirtió en el lema más repetido por la multitud. ¿Qué hacía entretanto el personaje cuyo nombre se invocaba con intenciones mesiánicas? Nagy no participó en la manifestación, pero se vio obligado por la tarde a dirigir unas palabras a la muchedumbre. Habló desde la sede del Parlamento con un lenguaje gubernamental, racional más que sentimental, sobre la solución de los problemas y divergencias a través de la discusión y la negociación, animando a la gente ante todo a preservar el orden constitucional y la disciplina. A la misma hora aproximadamente, el primer secretario del partido, E. Gerö, emitió un comunicado por radio en el que defendió el poder de la clase obrera y concluyó por condenar una manifestación que calificaba de *nacionalista*. ¿Se trató de una provocación deliberada? Lo cierto fue que el comunicado del secretario decepcionó profundamente a los manifestantes, y a raíz del mismo los acontecimientos se precipitaron en una espiral de violencia, en el edificio de la Radio, en la sede del periódico oficial del partido, y en otros barrios de la ciudad. La AVH protegió los puntos neurálgicos de la población, pero la calle fue tomada por los insurgentes.

Otra vez la solución Nagy

La situación para el Gobierno era en extremo difícil, ya que carecía de autoridad moral, no disponía de fuerzas suficientes para reprimir la insurrección, y además dudaba de su lealtad, caso de producirse un enfrentamiento popular. El Comité Central del partido, reunido urgentemente en la noche del 23 al 24, adoptó dos decisiones trascendentales: nombrar a Imre Nagy presidente del Consejo de Ministros, y solicitar la ayuda de las tropas soviéticas para restablecer el orden.

Respecto al segundo acuerdo, se hizo creer que la petición de ayuda soviética fue refrendada por Nagy, pero —sospecha Fejtö, basándose en diversos testimonios— semejante imputación podía formar parte de una maniobra política para desprestigiar y aislar al personaje, haciéndole responsable de la invasión. De partida, parece difícil que Nagy mediara en una decisión cuando aún no había tenido prácticamente tiempo de tomar posesión del cargo, si se tiene en cuenta que los tanques soviéticos aparecieron en las calles de la capital en las primeras horas del día 24 de octubre. El asunto, no obstante, permanece oscuro, aunque quizás los húngaros de hoy lo conozcan mejor. En efecto, el *The Budapest Post* comunicaba en febrero de 1993 la publicación de dos libros, *El expediente Yeltsin* y *Las páginas que faltaban*, con documentos de origen soviético sobre la revolución de 1956, que Boris Yeltsin había regalado durante su visita a Buda-



Los agitadores anticomunistas organizan los actos de manifestación que se producen ante el Parlamento

pest en noviembre de 1992 al presidente húngaro Arpad Göncz.

Interrogado por un periodista del citado semanario, Andras Hegedüs, presidente del Consejo de Ministros húngaro el 23 de octubre de 1956, manifestó su satisfacción por la entrega de estos documentos, y, aunque aún no los había leído, no dudaba de su interés para explicar su propia actuación en aquellos dramáticos días, señalando al respecto que *él no actuó solo* y que *lo hizo por sentido de responsabilidad política*. Los documentos parecen revelar que la carta de los dirigentes húngaros pidiendo la intervención armada soviética fue firmada después del 23 de octubre, y fue utilizada sólo más tarde para justificar la invasión de cara a la comunidad internacional.

En cualquier caso, lo que está claro es que los dirigentes húngaros se comportaron entonces de manera muy distinta a como lo habían hecho sus homónimos polacos. En lugar de hacer causa común con el pueblo, llamaron a las tropas soviéticas, comprometiendo en alto grado a Nagy, cuya presidencia se verá inmediatamente hipotecada por la invasión militar. De poco servirá que el día 25 Mikoyan y Suslov sustituyan a Gerö por Janos Kadar en el cargo de primer secretario del partido, y que autoricen —¿era sincera la autorización?— días más tarde a Nagy y al nuevo equipo a ensayar la vía nacional hacia el socialismo, dándoles las mismas concesiones que a la Polonia de Gomulka. Tres factores neutralizarán esta solución: la radicalización de la insurrección en la capital, como consecuencia del luctuoso suceso ante el Parlamento el 25 de octubre, a resultas del cual murieron varios centenares de personas; la extensión del movimiento a provincias, particularmente a las occidentales; y, finalmente, el desacuerdo creciente entre Nagy y el grupo centrista de Kadar.

La Revolución se propaga: comités y consejos obreros

La huelga general empezó espontáneamente en Budapest el día 24 tras la intervención militar, y en los días siguientes se propagó al resto del país. En casi todas las ciudades y pueblos de Hungría se constituyeron, a veces de modo violento pero las más de forma pacífica, comités y consejos revolucionarios que asumieron el poder *llevados por un irresistible espíritu de antiautoritarismo* (Feher-Heller). Fueron capaces de implantar una libertad de prensa, que permitió publicar y emitir toda clase de propaganda, salvo la de los nazis húngaros, cuyo periódico *Aurora* fue vetado. Entre estas instituciones, surgidas de modo espontáneo, sobresalieron los Consejos Obreros, elegidos en el plazo de sólo dos días (26-28 de octubre) en todas las fábricas del país. El día 31 de octubre se reunió en Budapest un Parlamento de los Consejos Obreros, en el que estuvieron presentes delegados de las fábricas más importantes del país, que aprobó una declaración de los derechos y deberes de los nuevos organismos. Aquella carta transformaba radicalmente la organización de la fábrica impuesta por el régimen rakosista. En la misma se afirmaba, en efecto, que la fábrica pertenecía a los trabajadores, y que su control estaría en manos de un Consejo Obrero elegido democráticamente por éstos.

Pero la acción revolucionaria de los Consejos y Comités no iba contra el Estado, sino contra la forma totalitaria del Estado y su sumisión a la Unión Soviética. La aceptación del Gobierno Nagy por parte de las instituciones revolucionarias quedó condicionada al grado de cumplimiento que aquel hiciera respecto a sus aspiraciones nacionales y sociales. De todas partes llegaban a Budapest delegados con las reclamaciones de los Comités y Consejos Obreros para ser discutidas con I. Nagy, quien se encontraba en aquellos primeros días en una posición algo rezagada respecto a la presión popular, pero también algo adelantada respecto al resto del equipo dirigente.

El programa aprobado por el Consejo Obrero y el Parlamento de estudiantes de Miskolc alcanzó un cierto carácter representativo. Se pedía en él la formación de un gobierno provisional, democrático, soberano e independiente, con exclusión total de los rakosistas, y fundamentado en el Partido Comunista Húngaro y en el Frente Popular; elecciones generales, libres, y con participación plural de partidos; retirada inmediata de las tropas soviéticas; reconocimiento de las reivindicaciones formuladas por los Consejos Obreros y Parlamentos de estudiantes de todo el país; abolición de la policía de seguridad del Estado (AVH), y reorganización de las fuerzas armadas (milicia y ejército regular); en fin, la amnistía com-

Estudiantes universitarios portan en libertad la bandera de su país ante los edificios oficiales (arriba). La fachada neogótica del Parlamento es marco para la manifestación de los anhelos democráticos de la población

pleta para los *patriotas* que habían participado en la revolución.

El proceso de constitución de los nuevos órganos de representación alcanzó en los últimos días de octubre un ritmo muy vivo. En los pueblos, en las fábricas, en los sectores profesionales y de servicios, en los cuadros de la administración, hasta en las fuerzas militares *(Comité revolucionario de la Defensa Nacional,* formado el día 29 por el general Bela Kiraly y el coronel Pal Maleter), por todas partes surgieron de modo espontáneo Consejos y Comités. Con estas nuevas instituciones, la revolución se encaminaba hacia *una forma de Estado que garantizara el libre desarrollo del pueblo húngaro,* decía Radio Miskolc el 30 de octubre; hacia *una Hungría libre, independiente, democrática y socialista,* emitía por su parte Radio Budapest el mismo día.

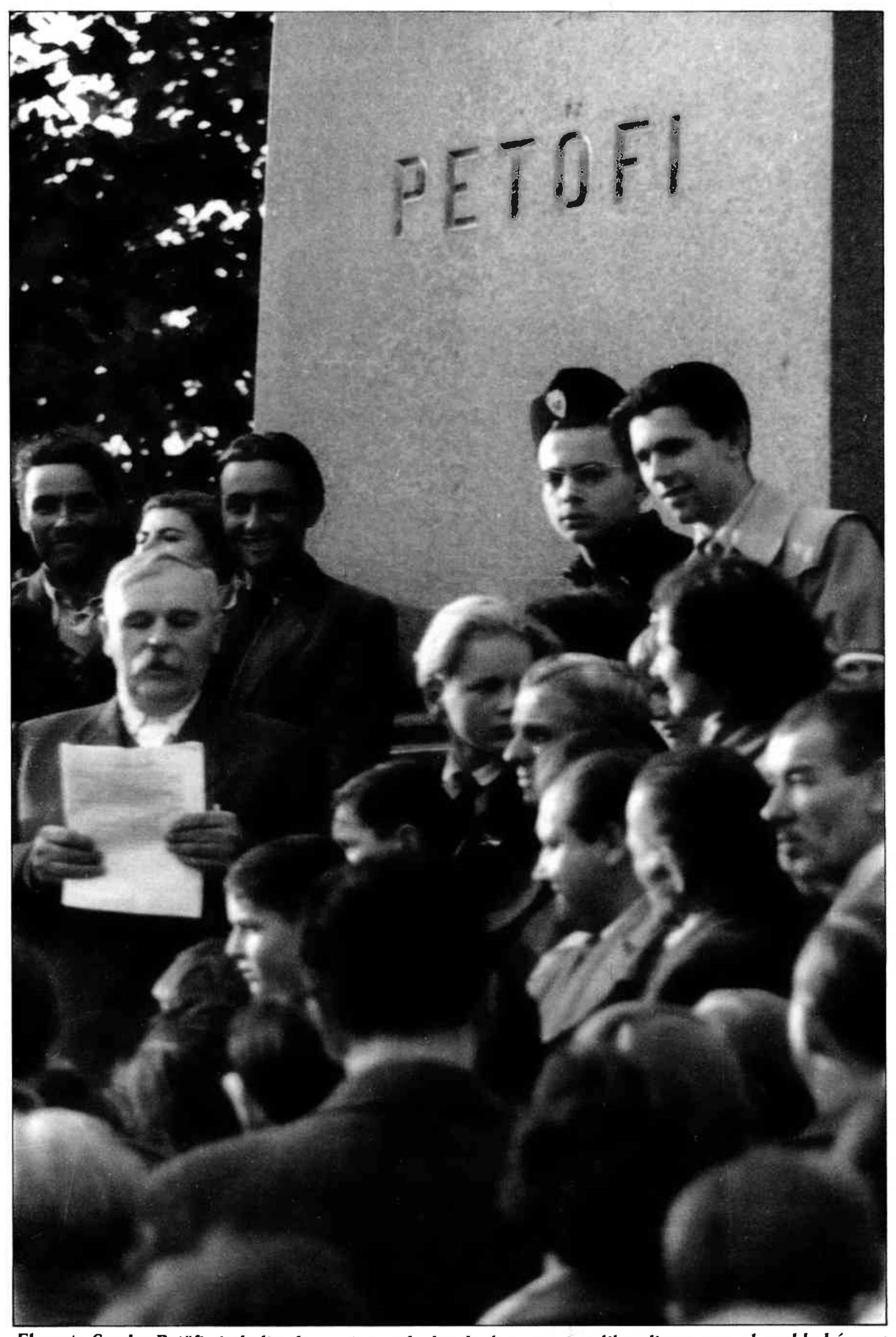
Tales objetivos, que finalmente fueron plenamente asumidos por Nagy, no los compartieron, sin embargo, ni el Kremlin, ni aquellos húngaros partidarios de un nacionalismo radical, antisemita y conservador, que dominaban en el *Consejo Nacional Transdanubiano,* de Györ, y en Budapest giraban en torno a Jozsef Dudas, militar y editor del periódico *Hungría Independiente.* En esta línea, el papel desarrollado por Radio Europa (que se emitía en húngaro desde Munich por refugiados al servicio de la CIA, y era muy oída en Hungría, en particular en su parte occidental) fue en alto grado desestabilizador al concentrar sus acusaciones en los que denominaba *estalinistas ocultos,* y en especial en Imre Nagy, a quien presentaban como un *traidor y un asesino del pueblo* (27 de octubre).

En su emisión del 31 de octubre, Radio Europa Libre se refería al cardenal Jozsef Mindszenty como el más legítimo jefe del movimiento nacionalista húngaro. El mencionado cardenal acababa de ser liberado por Nagy, que esperó alcanzar del primado de la Iglesia católica el mismo apoyo hacia el gobierno de unidad nacional que ya había acordado con los jefes de las comunidades calvinista, luterana y judía. En sus *Memorias,* el cardenal señala que, después de su famosa alocución radiofónica del día 3 de noviembre, fue felicitado por Zoltan Tildy *por la gran ayuda que acababa de prestar con mis palabras al nuevo Gobierno nacional.* Sin embargo, ni una sola voz de aliento y simpatía hacia Nagy pronunció expresamente Mindszenty en aquel discurso. Cierto, hizo algunos llamamientos en la misma línea que el Gobierno, como la petición de la vuelta al trabajo, la aprobación de la neutralidad y la condena de las venganzas privadas.

Jozsef (Pehm) Mindszenty



Nació en 1892 en una familia pequeña propietaria dedicada a la agricultura. En 1942, como otros muchos húngaros, magiarizó su apellido en protesta por la injerencia alemana en la política de Hungría, cambiando el apellido familiar Pehm por el del nombre de su pueblo natal. Sacerdote (1915), obispo de Veszprém (1944), arzobispo de Esztergom (1945) y cardenal (1946), se opuso a los alemanes —por la cuestión judía— y a los comunistas, sufriendo sucesivos encarcelamientos desde 1919. Su enfrentamiento con el Gobierno de Rakosi motivado especialmente por la nacionalización de las escuelas de la Iglesia católica le supuso un nuevo arresto (diciembre de 1948) y la condena perpetua a trabajos forzados y la confiscación de sus bienes (febrero de 1949), permaneciendo bajo arresto domiciliario de julio de 1955 a octubre de 1956. Liberado el 30 de octubre de 1956, volvió a ejercer brevemente sus funciones durante la revolución, pero tuvo que refugiarse en la embajada de EE.UU., donde vivió hasta 1971, año en el que fue amnistiado por el Consejo presidencial húngaro, tras la *Entente* firmada con la Santa Sede en 1964. En 1971 salió para Roma, y luego pasó a Viena, donde se retiró hasta el final de su vida en el *Pazmaneum,* un seminario de sacerdotes húngaros. De la película *The Prisoner* rodada en memoria de su encarcelamiento, opinó el cardenal que, pese a las buenas intenciones de su realizador Bridget Roland, *lo único que tiene en común con los acontecimientos húngaros es la aparición en escena de un cardenal.* Murió en 1975.



El poeta Sandor Petöfi simboliza los mejores ideales de democracia y liberalismo para el pueblo húngaro

Pero estos contenidos quedaban muy diluidos en el conjunto de un mensaje donde también se negaba legitimidad al Gobierno democrático de 1945; se pedían elecciones bajo control internacional, situándose el primado al margen de los partidos y por encima de ellos; se defendía el derecho de propiedad *equitativamente limitado por los intereses sociales,* y la *preocupación por preciadas instituciones con un gran pasado,* concluyendo el cardenal con la petición del *restablecimiento inmediato de la libertad de enseñanza religiosa, así como la restitución de las instituciones y asociaciones de la Iglesia católica, incluida su prensa.* El primado habló, en definitiva, sin tener en cuenta que durante su encierro se habían firmado en 1950 unos acuerdos que regulaban las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pocos días más tarde, sin embargo, en la primera entrevista que concedió a los periodistas en la embajada de EE.UU. donde se refugió, Mindszenty declaró que *Sólo el Gobierno de Imre Nagy es el legal húngaro. Kadar ha sido impuesto por el extranjero. Rechazo su Gobierno como ilegal.*

La conversión de Imre Nagy

Cuando en 1955 Nagy cayó en desgracia, preparó unos *Memoranda* para el Comité Central y para Andropov, entonces embajador de la Unión Soviética en Hungría, con objeto de justificar su actuación anterior. Las ideas reformistas que allí se defendían alertaron a sus adversarios estalinistas, que vieron la amenaza que aquéllas representaban para el sistema de partido único, tal vez en mayor medida que el propio autor. Nagy se refería, en efecto, a un régimen de democracia popular *que tuviera en cuenta los ideales de la clase obrera, en el cual la vida pública se basaría en fundamentos éticos,* y en los cuatro principios políticos siguientes: la separación de los poderes del Estado y del partido; la reorganización de la administración del Estado con un criterio descentralizador; la potenciación del Parlamento y del Gobierno, con menoscabo del poder del partido; y, finalmente, la reorganización del Frente Popular en la línea que apuntó en 1954. No menos heterodoxo se manifestó Nagy en política exterior: *Nuestro país* —decía— *debe evitar la participación activa en el conflicto entre bloques.*

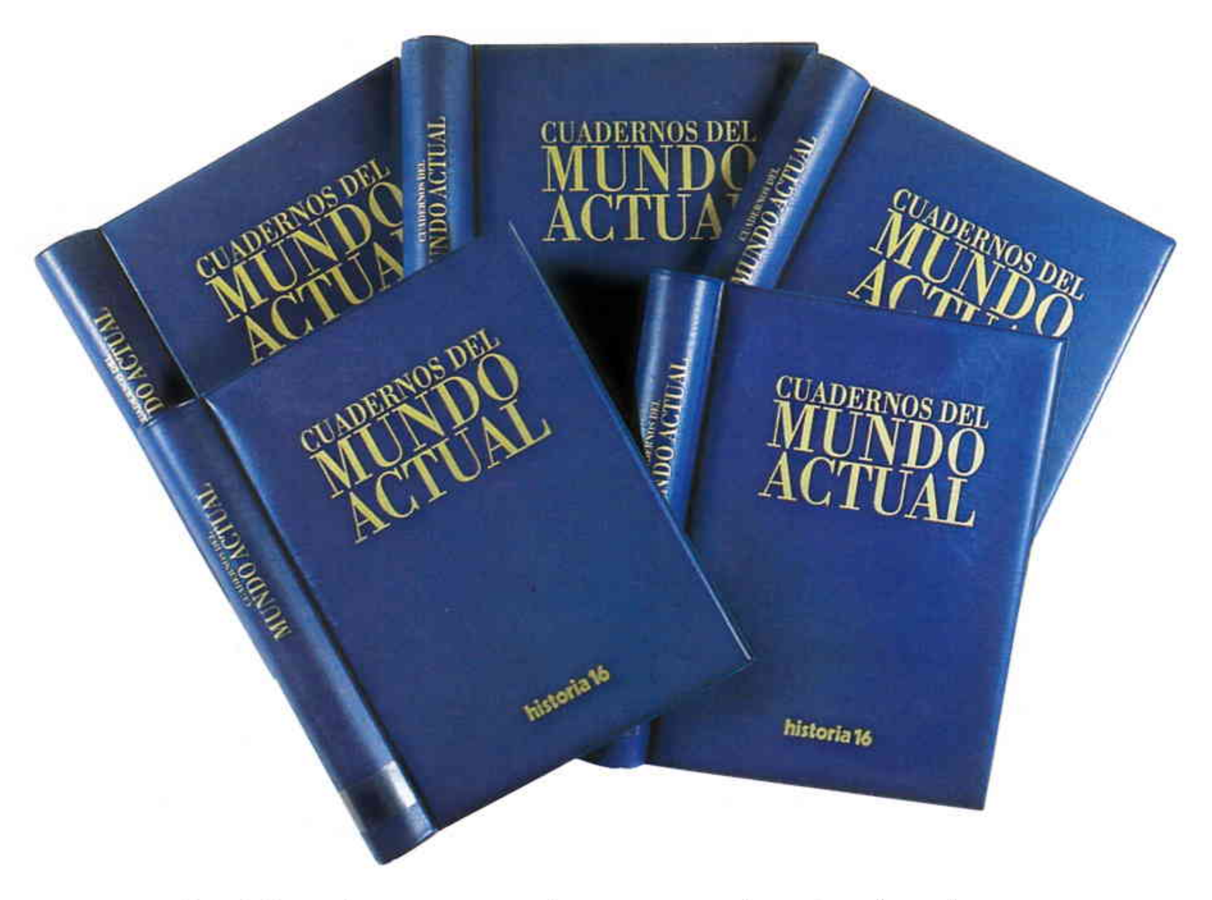
En aquellos *Memoranda* se encerraba una teoría política que Nagy aplicará hasta sus últimas consecuencias cuando opte abiertamente por la Hungría real. Según Feher y Heller, Nagy había firmado la solicitud de ayuda al ejército soviético, y su primer comunicado al país (24 de octubre), aunque sin incurrir en las amenazas pronunciadas por Gerö y Kadar, calificaba a los trágicos sucesos de *contrarrevolucionarios.* Muy probablemente fuera esa la reacción instintiva de un viejo bolchevique con casi cuarenta años de militancia. Pero a partir de enton-

Una petición de ayuda

(...) Rechazo frente al mundo la declaración infamante de que la gloriosa revolución húngara fue un foco de escapadas fascistas o antisemitas: en esta lucha ha participado todo el pueblo sin discriminación de clase o de religión. (...) Apelo al pueblo húngaro para que no considere al Ejército ocupante o al Gobierno títere que finalmente se creó, como autoridad legítima, y para que se vuelva contra él con todos los medios de una resistencia pasiva... No estoy en posición de ordenar la resistencia armada. Sólo hace un día que entré en el Gobierno y no estoy todavía informado sobre la situación militar. Sería burdamente irresponsable por mi parte hacer entrega de la sangre de la juventud húngara. El pueblo de Hungría ha derramado ya suficientemente sangre para probar su dedicación a la causa de la justicia y de la libertad en el mundo. Esta vez les toca a los poderes del mundo demostrar la fuerza de los principios incorporados en la Declaración de las Naciones Unidas y la fuerza de los pueblos del mundo que aman la libertad. Exijo de los grandes poderes y de las Naciones Unidas una decisión valiente y sabia en favor de la libertad de mi país subyugado... Dios salve a Hungría.

(Fragmentos de la declaración de I. Bibo (miembro del último Gobierno de Imre Nagy) el 4 de noviembre de 1956. De F. Feher, A. Heller, Análisis de la revolución húngara).

Para consultarlos mejor



Desde hace algunas semanas hemos puesto a la venta en los quioscos las TAPAS para autoencuadernar los CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL. El precio de venta al público de cada tapa es de 950 pesetas. Si usted prefiere recibirlas cómodamente en su casa (sin gastos de envío) basta que rellene el cupón adjunto. El pedido mínimo debe ser de cinco tapas.

Recorte este cupón y envíelo a: HISTORIA 16.
Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Deseo recibir cinco tapas de CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL por un importe total de 4.750 pesetas.
La forma de pago que elijo es la siguiente:

- ☐ Talón adjunto a nombre de INFORMACION E HISTORIA, S. L.
- ☐ Giro postal a INFORMACION E HISTORIA, S. L. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Don: ....

Calle: ....

D. P.: .... Localidad: ....

Esta oferta es válida sólo para España.

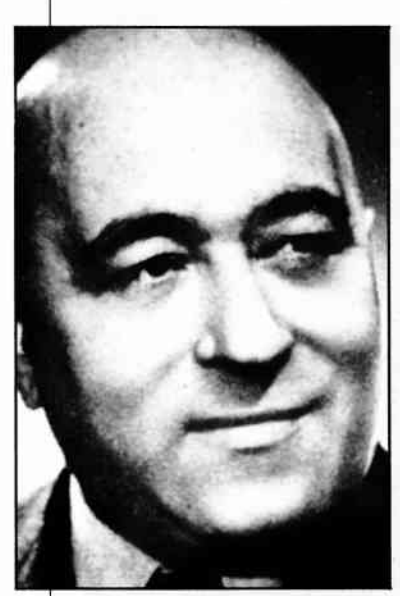
ces, Imre Nagy decidió frenar desde el poder la solución estalinista de aplastar violentamente el movimiento, legitimando su gobierno en la manifestación del 23 de octubre (base de la nueva situación, dirá Kadar el 1 de noviembre), que había acabado con el sistema impuesto y legalizado en la Constitución de 1949.

La composición del Gobierno del 26 de octubre demostró el afán que todavía animaba a Nagy de apaciguar a los insurgentes sin intranquilizar al Kremlin. Así, aunque excluyó a algunos rakosistas, mantuvo a otros en puestos clave de la administración e hizo entrar en el gabinete a personalidades de destacada significación, como a los comunistas F. Münnich y G. Lukacs, y a algunos de los líderes de la política anterior a 1948, como Z. Tildy, Bela Kovacs y F. Erdei. Tal composición no presagiaba el anuncio de las reformas que se hicieron públicas en el comunicado del día siguiente. Aparte de que ya el movimiento popular dejaba de ser considerado como una contrarrevolución, el Gobierno prometía discutir las reivindicaciones elaboradas por los Comités revolucionarios y Consejos Obreros, cuya existencia era reconocida en el nuevo marco político.

Desde esa fecha, y hasta su caída, la solidaridad de Nagy con el pueblo fue en aumento, a pesar de algunas manifestaciones de violencia indiscriminada hechas por las masas, cuyo exponente más trágico fue la masacre ante el Centro del Partido Comunista de Budapest ocurrida el 30 de octubre, en la que resultó muerto, entre otros, el nagysta Imre Mezö. Ese mismo día, Nagy reconoció lo que venía siendo un hecho desde el 23 de octubre, el final del partido único, y anunció un Gobierno de coalición, semejante al de 1945, y el inicio de conversaciones con la Unión Soviética para la evacuación de sus tropas.

Los últimos tanques soviéticos salieron de la capital el 31 de octubre, pero no del país, ya que —según explicaron Mikoyan y Suslov— su presencia no era un asunto bilateral entre Hungría y la URSS, sino que concernía a todos los signatarios del Pacto de Varsovia. Los pasos siguientes fueron declarar la neutralidad de Hungría, acordada por el Gobierno y la directiva del Partido el 1 de noviembre (Kadar abandonó la capital a las pocas horas con rumbo desconocido), y denunciar el Pacto. Mientras sucedían estos acontecimientos en la capital, nuevas tropas soviéticas empezaron a entrar en el país sin haber mediado en esta ocasión petición alguna por parte del Gobierno nacional. No obstante, aún quedaban dos días durante los cuales Hungría vivió el sueño de ser un país libre, independiente y neutral, pareció que se recobraba la normalidad, y los partidos políticos de 1945 comenzaron a reorganizarse.

Matyas Rakosi



Nacido en 1892, participó junto a Bela Kun en la fundación del Partido Comunista Húngaro, ejerciendo de comisario del pueblo para la producción en la República húngara de los Consejos (marzo de 1919). Tras el fracaso de aquella revolución, emigró a Austria y, posteriormente, a Moscú. Nombrado uno de los secretarios del Komintern (1921-1924), desempeñó diversas misiones en Italia, Alemania, Austria y finalmente Hungría (diciembre de 1924), donde dirigió la organización del Partido Comunista en la clandestinidad. Arrestado en 1925 y condenado a cadena perpetua, fue canjeado en 1940 por algunas banderas capturadas en 1849 por las tropas del zar en Hungría. Se trasladó a Moscú, desempeñando el liderazgo de los comunistas húngaros en el exilio. Regresó a Hungría en 1945, y asoció a su partido en la reforma agraria que puso término a la dominación de los latifundios. Fue vicepresidente del Consejo (1945), secretario general del Partido Comunista (1948-1956), y el hombre fuerte del nuevo régimen socialista húngaro, ocupando la presidencia del Consejo de agosto de 1952 a julio de 1953. Con la desestalinización, fue separado de su cargo en el partido (julio de 1956), y se instaló en la Unión Soviética. En agosto de 1962 fue excluido del partido por su intervención en los procesos judiciales ilegales realizados entre 1949 y 1952. Murió en 1971.

Una justificación oportunista

En su carta menciona usted también la situación de Hungría. Pensamos que eso es una estratagema que utiliza para desviar la atención internacional de la agresión anglofrancesa contra Egipto, así como para ayudar a la restauración del régimen fascista de Horthy en Hungría. No obstante, podemos informarle que, a pesar de que todas las fuerzas oscuras han sido movilizadas en esta acción con el fin de destruir en Hungría el orden democrático, sus intentos han fracasado por completo. Las actividades de estas conspiraciones reaccionarias han costado, sin embargo, al pueblo húngaro un gran sacrificio y graves pérdidas. Los obreros y campesinos de Hungría, todos los ciudadanos húngaros, han acabado con la reacción y han protegido con honor los logros del sistema de democracia popular. (...)

Es natural que, observando esta gran amenaza para la nación, el Partido Revolucionario Húngaro de Obreros y Campesinos se dirigiese a la Unión Soviética en busca de ayuda. Pensamos que es nuestra obligación prestarle asistencia en un caso como éste, de lo que nos sentimos orgullosos (...).

No dudamos de que, así como la conspiración imperialista reaccionaria ha fracasado en Hungría, la agresión contra el pueblo egipcio, amante de la paz, también fracasará...

(Fragmentos de una carta de N. A. Bulganin, presidente del Consejo de Ministros soviético, al primer ministro británico, A. Eden, fechada en Moscú, en noviembre de 1956. Del libro Yeltsin's File, *publicada en* The Budapest Post, febrero de 1993.)

El octubre húngaro ante Oriente y Occidente

La revolución de Hungría tuvo lugar en pleno período de divisiones y luchas dentro de la jefatura y elite política soviéticas por la sucesión de Stalin. En 1956, aunque se prefiguraba el encumbramiento de Kruschov, la presidencia del Gobierno la ocupaba Bulganin, y la política del Kremlin respecto al bloque socialista oscilaba constantemente entre la necesidad de consolidar con firmeza el aparato dirigente y la de hacer ciertas concesiones para desarmar a la oposición nacional. Ante el problema húngaro, los líderes soviéticos se mostraron igualmente indecisos, conscientes de que muchos de los insurgentes pertenecían a la clase obrera. Sólo los militares se pronunciaron desde un principio por la intervención para salvaguardar la seguridad del bloque. Y sus opiniones, más la presión ejercida en la misma dirección por los comunistas chinos y los demás partidos de la Europa del Este, resultaron decisivas. Se temía que el ejemplo húngaro provocara una reacción en cadena.

Por otra parte, la restauración en Hungría del sistema parlamentario era un duro golpe al mito de la *irreversibilidad de la mutación comunista,* uno de los pilares ideológicos de las democracias populares. En el bloque oriental, además, no se podía tolerar la existencia de una Hungría neutral, separada del Pacto de Varsovia y vuelta hacia Occidente. En Rumania en particular, donde había una vigorosa minoría húngara, se corría el riesgo de que la revolución se contagiara al haberse producido las primeras manifestaciones pro húngaras en las universidades de Cluj y de Bucarest.

Los dirigentes soviéticos celebraron consultas los primeros días de noviembre con sus aliados europeos y un representante del Partido Comunista Chino, cuyo país, que en un principio había justificado la revolución húngara, apoyó luego la represión como todos los demás. Las últimas conversaciones tuvieron lugar en Brioni el 2 de noviembre entre la delegación yugoslava —Tito, Rankovic, Kardelj y Micunovic— y soviética —Kruschov y Malenkov—. Allí se vio también necesaria la intervención, si bien a Tito, que reprochó a los soviéticos no haber seguido sus consejos y haber dado origen a la insurrección, lo que le preocupaba entonces era la salida política tras la invasión militar. A la hora de designar el nuevo *número uno* húngaro, Kruschov aceptó la propuesta yugoslava en favor de Kadar, y comprendió el rechazo que esta delegación mostró por su candidato, Münnich, al haber sido éste embajador de Rakosi en Moscú en la época antititista. El líder yugoslavo insistió en que el nuevo Gobierno húngaro debía presentar un programa en la línea del XX Congreso del PCUS, que marcara las diferencias en relación al pasado rakosista y buscara apoyo



El edificio de la Radio Magiar, uno de los objetivos de las multitudes alzadas contra el comunismo

en los Comités de octubre y, en especial, en la clase obrera.

La segunda invasión soviética de Hungría se vio facilitada en el contexto internacional al coincidir con la acción francobritánica contra Suez, que suscitó graves divergencias entre Washington y sus principales aliados en Europa. A pesar de las declaraciones del presidente Eisenhower en favor de la causa húngara, y de la propaganda norteamericana que sembró la esperanza en los ánimos de los revolucionarios de una ayuda de Occidente, los EE.UU. no hicieron nada más que plantear, sin mucha convicción, el problema en el Consejo de Seguridad de la ONU, y facilitar la acogida de refugiados. Los acuerdos de Yalta estaban vigentes y limitaban su esfera de acción al ser Hungría un *asunto* del bloque oriental. Y ninguna de las grandes potencias estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios sometiendo a revisión el *statu quo* surgido de la Segunda Guerra Mundial.

En aquellas circunstancias, el inoportuno ataque anglo-francés contra Egipto a partir del 31 de octubre con el pretexto de la nacionalización del canal de Suez, proclamada por Nasser a finales de julio, esfumó las

Imre Nagy se reúne con sus colaboradores durante su nueva y fugaz gestión como primer ministro (arriba). Visión de los destrozos producidos en Budapest como efecto de la insurrección y su represión (abajo)

esperanzas de una ayuda occidental a Hungría al romper la unidad de los países de la OTAN, situar a la URSS y EE.UU. en el mismo bando de defensa de la paz mundial, y desacreditar en adelante cualquier manifestación prohúngara proveniente de las agresoras Gran Bretaña y Francia.

La invasión militar soviética de Hungría fue también apoyada por la casi totalidad de los partidos comunistas de los países occidentales. Pero provocó una gran indignación en muchos de sus militantes, especialmente entre los intelectuales franceses que dedicaron un número extraordinario de la revista *Les Temps Modernes* (1956-57) a la revolución de Hungría. En él se afirmó sin ambages que octubre del 56 no fue un levantamiento de la chusma ni un motín contrarrevolucionario, sino un acontecimiento profundamente enraizado en la política estaliniana.

El final de Imre Nagy y el régimen de Kadar

El último gobierno de coalición formado por Nagy anunció el 3 de noviembre su firme propósito de impedir la restauración del capitalismo en Hungría, pero también de defender con el mismo ahínco las conquistas de la revolución, en particular la independencia nacional, la neutralidad y la construcción del socialismo sobre una base democrática. En aquel gabinete, los comunistas revisionistas estuvieron representados por Losonczy, Maleter y el propio Nagy; los Pequeños Propietarios por Tildy, Kovacs y Szabo; los Socialdemócratas por Anne Kethly, Kelemn y Fischer; y los Nacional Campesinos (reconvertidos en Partido Petöfi) por Bibo y B. Farkas. La inclusión en el Gobierno del nombre de Kadar era totalmente ilusoria, porque para entonces ya se conocía su salida de Budapest, junto con Apro, Münnich, y otros.

Pocas horas antes de formar este Gobierno, Nagy había comunicado al secretario general de la ONU la entrada de las tropas soviéticas en Hungría, y solicitó su mediación para negociar con la URSS, con la que trataba inútilmente de llegar a un acuerdo a través de su embajador, Andropov. La delegación húngara —F. Erdey, P. Maleter, I. Kovacs y M. Szücs—, que finalmente se desplazó a Tököl el 3 de noviembre para negociar con los soviéticos, fue detenida allí mismo, apenas comenzada la entrevista.

La segunda y definitiva invasión militar se puso en marcha, y en las primeras horas del 4 de noviembre los tanques soviéticos entraron en Budapest. Imre Nagy y algunos de sus colaboradores se refugiaron, en vano, en la embajada de Yugoslavia, mientras en el edificio del Parlamento quedó Istvan Bibo como único representante del gobierno legítimo húngaro. A él le correspondió formular en la madrugada del día de la intervención la última declaración de que Hungría no

Imre Nagy



Nacido en 1896, de familia de campesinos pobres (él mismo fue cerrajero durante un tiempo), militó en el Partido Socialdemócrata desde muy joven, adhiriéndose enseguida al comunismo. Fue hecho prisionero en Rusia al terminar la Primera Guerra Mundial, combatiendo después en la guerra civil rusa en favor de la Revolución. Volvió a Hungría en 1922, donde participó en el movimiento clandestino en Somogy, viéndose obligado a emigrar a Viena y a la Unión Soviética en 1928, en la que adquirió una formación especializada en agricultura. Nombrado profesor en la Escuela Superior de Agricultura, fue durante la Segunda Guerra Mundial, junto a Rakosi y Revai, uno de los organizadores de las emisiones húngaras de la Radio Kossuth en Moscú. Regresó a Hungría en 1944, formando parte de la ejecutiva del Partido Comunista desde 1945 hasta 1955, y nuevamente a partir de su readmisión en octubre de 1956. Fue ministro de Agricultura (1944-45), del Interior (1945-46), presidente de la Asamblea Nacional (1947) y primer ministro (1953-55, y durante la revolución de 1956). Refugiado en la embajada de Yugoslavia al fracasar la revolución, fue deportado a Rumanía el 23 de noviembre de 1956, condenado en un proceso secreto y ejecutado el 16 de junio de 1958.

pretendía seguir una política antisoviética, sino *coexistir en una comunidad de naciones libres del Este de Europa cuyo objetivo sea fundar sus vidas sobre la base de los principios de libertad, de justicia y de una sociedad libre de explotación.*

El discurso terminó con una desesperante petición de ayuda a las grandes potencias y a las Naciones Unidas en favor de la libertad del pueblo húngaro. Antes de terminar aquel día, las emisoras del este de Hungría difundieron comunicados de Münnich y de Kadar, anunciando su ruptura con Nagy y la fundación de un gobierno revolucionario obrero y campesino en la ciudad de Szolnok que, además de solicitar la ayuda soviética, incluía en su programa casi todos los puntos del Gobierno anterior, salvo lo referente a las elecciones libres, pluripartidismo y neutralidad.

El 23 de noviembre de 1956 Imre Nagy y sus allegados fueron sacados de la embajada yugoslava y deportados a Rumania, no obstante haber prometido Kadar a Tito su liberación: En un proceso secreto, Nagy fue acusado de alta traición por conspiración, complicidad con los crímenes contrarrevolucionarios y abrogación del Tratado de Varsovia. El 16 de junio de 1958 fue ejecutado, junto a Pal Maleter, Jozsef Szilagyi y Miklos Gimes (Geza Losonczy había muerto ya en la cárcel). Yugoslavia volvió a protestar contra la violación de las garantías que Kadar había dado de forma solemne, y muchos intelectuales de todas las tendencias y militantes socialistas y comunistas expresaron igualmente su indignación en Europa occidental.

El régimen de Kadar, después de una primera etapa de brutal represión, se fue consolidando en los años siguientes. El partido —ahora llamado *Socialista y Obrero*— recuperó su papel de control sobre el Estado y la sociedad, y los húngaros se vieron obligados a aceptar con resignación, una vez más en su historia, el fracaso de una revolución. Gracias a la coyuntura mundial favorable de los años sesenta, a la ayuda económica de la Unión Soviética, y a la flexibilidad introducida en el sistema de planificación, el Gobierno fue capaz de mejorar sustancialmente el nivel de vida de las gentes, sobre todo en comparación con los otros países de la Europa del Este. La estabilidad del régimen quedó asegurada por un sistema de opresión que abandonó el irracionalismo rakosista, y se aplicó únicamente a los que desobedecieran las órdenes del Gobierno.

La divisa kadarista: *Quienes no están contra nosotros están con nosotros* permitió ensanchar la base social del sistema, y hacer emerger un consenso basado en parte en la templanza de las fuerzas revolucionarias, y en parte en la mejora material de las masas despolitizadas. Dentro del bloque oriental, la Hungría de Kadar se convirtió en símbolo de la reforma, y en el país socialista más liberal.

B I B L I O G R A F I A

Balogh, S. y Jakab, S., *History of Hungary after the Second World War, 1994-1980,* Budapest, Corvina, 1986.

Berecz, J., *1956. Contrarrevolución en Hungría,* Barcelona, Tesys, 1988.

Borsanyi, G. y Kende, J., *The History of the Working Class Movement in Hungary,* Budapest, Corvina, 1988.

Claudin, F., *La oposición en el socialismo real,* Madrid, Siglo XXI, 1981.

Donath, F., *Reform and Revolution. Transformation of Hungary's Agriculture 1945-1970,* Budapest, Corvina, 1980.

Feher, F.; Heller, A., *Análisis de la revolución húngara,* Barcelona, Hacer, 1983.

Fejto, F., *Budapest, l'insurrection. La première revolution antitotalitaire,* París, Complexe, 1990.

Fejtö, F., *Historia de las democracias populares, 1953-1970,* 2 vols. Barcelona, Martínez Roca, 1971.

González Enríquez, C., *Crisis y cambio en Europa del Este. La transición húngara a la democracia,* Madrid, Siglo XXI, CIS, 1993.

Greenberg, S., «Hungría. Los funerales nacionales de Imre Nagy», A. Brossat, S. Combe, J. -Y. Potel, J.- Ch. Szurek, *En el Este, la memoria recuperada,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1992.

Irving, D., *Uprising! One nation's nightmare: Hungary 1956,* Australia, Veritas Publishing Company, 1986 (2.ª ed.).

Lomax, B., *Hungary 1956.* London, Allison, 1977.

Luengo Escalonilla, F., *Crecimiento económico y modelos de acumulación en los períodos de la industrialización acelerada y de la reforma económica en Hungría,* Madrid, Universidad Complutense, 1989.

Mindszenty, J., *Memorias,* Barcelona, Caralt, 1986 (7.ª ed.).

Molnar, M. y Nagy, L., *Imre Nagy. Réformateur ou revolutionnaire?,* Genéve, Librairie E. Droz, 1959.

CUIDA el Ozono

